

Sitio de todos

José Antonio Zambrano

Día Mundial del libro · 23 de abril de 2008
Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

Sitio de todos

José Antonio Zambrano

Todavía vislumbro el libro del señor Eusebio, mi vecino, el libro gordo que, como un mercenario, leía a diario, queriendo encontrar entre sus páginas todos los saberes que el hombre necesita para vivir. Hace casi cincuenta años que mi inocencia fijó sus ojos en ese libro como alentando un camino a seguir, para luego encontrar las vías perecederas de otras lecturas que me hicieron sabedor de nombres y de historias. Unas, abarcadas por mí en su totalidad, otras, que me obligaron a reflexionar e incluso a seleccionar partes, y otras, que quedaron olvidadas en la trastienda de mi voluntad.

Clama hoy mi atención ese tiempo que no siempre fijó en los libros su pasmo, sino que el juego y los amigos eran para mi ánimo otra de las componendas necesarias de la infancia. La estimada memoria, esa que sabe conducir los recuerdos, que atisba los silencios hasta llevarlos de su mano, fue cautivando poco a poco mis pasos hasta hacerme fijo en la biblioteca de mi pueblo y como sorprendido ante los nombres de tantos. Allí, entre el rubor contenido de mis ojos y aireados alguna vez por mi maestro, estaba Bécquer, intacto a la premura de mis amoríos. Estaba Don Quijote, afanado en hacer de su locura mi mejor compañía, y estaba ese viaje que como metáfora de la vida del hombre, Ulises renueva cada noche en mi ánimo.

Es cierto, que los libros vacían su soledad y extreman la querencia de aquello que nos permite cavilar sobre la negación de las cosas. Que pasan de nuestra indiferencia con su silencio, que recuerdan a menudo el sentido de la otra orilla, la que apunta Saramago al afirmar que las palabras son piedras puestas que sirven para atravesar la corriente de un río, a no ser que tales ríos no tengas dos orillas sino muchas, y que cada persona que lea sea ella su propia orilla y suya la orilla a la que tendrá que llegar. Manejar esas vidas que jamás viviremos, buscar la ensoñación a través de sus páginas o participar de la lectura de un poema a través de la capacidad de sugerencia que éste pueda tener, es apoyar a Carlos de Oliveira cuando dice que la poesía es una propuesta a la sensibilidad y a la inteligencia del lector, Y nada es mejor que cuando esta es verdadera porque siempre será la verdad misma, capaz de mantener la capacidad de suscitar ecos y resonancias que en el lenguaje racionalista no existen.

Hoy recuerdo aquella lectura de antaño que hablaba de la fascinación del emperador inca Atahualpa al ver cómo los españoles trazaban sobre una hoja blanca extraños capaces de llevar consigo una información. Atahualpa comprendió que la escritura y su silencioso desvelamiento no eran producto de un don natural, sino un arte capaz de ser enseñado y comprendido. Algo de esta curiosidad está en nosotros desde el asombro que otorga la lectura a la hora de descifrar ficciones. Por tanto, será la capacidad que tengamos de recibir la que forme nuestro gusto estético, manteniéndolo siempre vivo y

acaparando nuestra atención, a sabiendas de que muchas de nuestras inquietudes las encontraremos en la pluralidad de los libros.

Para mí empezar a leer fue empezar a mirar de otro modo. Saber, posteriormente, que pertenecemos a la cultura del libro y que esta cultura está fundada en el hecho de leer, fue pensar en la capacidad de razonar y opinar por sí mismo. Durante siglos y todavía hoy, se entiende por lectura el acto de descifrar un mensaje escrito o impreso en papiro, pergamino o papel. También sir Francis Bacon decía: “no leáis para contradecir o impugnar, ni para creer o dar por sentado, ni para hallar tema de conversación o de disertación, sino para sopesar y reflexionar” y, sobre todo, añadimos, para reavivar el placer que implica la lectura. Hablo de la lectura no como obligación, sino como forma de liberación, como una dimensión que nos libera de muchas de nuestras cargas cotidianas. No hay sitio para el convencimiento. No hay lugar común que cueste menos estimarlo, no hay mirada tan larga como la que nos presta Garcilaso o San Juan de la Cruz, Juan Ramón Jiménez o César Vallejo, Borges o Pessoa, Fafka o Juan Rulfo. Digo de esos sitios que esconde la mirada del autor y que a su vez nos hace partícipe de ella.

El lector será siempre, el que según Harold Bloom, lea de manera personal por razones variadas, porque no puede conocer a fondo a toda la gente que quisiera. Porque necesita conocerse mejor y porque siente necesidad de conocer cómo es, cómo somos los demás y cómo son las cosas. Leer casi sin más, sólo para participar de esa naturaleza única que escribe y lee, ya que sólo se puede leer para iluminarse uno mismo.

Este sería el canto del júbilo, porque nunca otra cosa debe ser la lectura que júbilo y placer. Libros para soñar, libros que sirven a la vida y que hacen de la vida el elemento que menos pesa si no se carga de aventuras y saberes. Ahora que aquí somos poderosos por lo leído, que todos nos beneficiamos de su gracia, que como el Caeiro de Pessoa nos acercamos a ella con la cabeza vacía, hemos de procurar no sentir nunca la falta de tiempo, sino amigar la voz que diga desde su corazón lo que decía mi madre, al verme leer por las noches a la luz de una pequeña lámpara: “hijo mío, te vas a quedar ciego”.